

Encuentros de preparación para la Visita Apostólica del Papa Francisco

DEMOS EL PRIMER PASO



ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ



HOY SALIMOS TESTIGOS DE LA MISERICORDIA
2016-2019

Encuentros de preparación para la Visita Apostólica del papa Francisco

DEMOS EL PRIMER PASO



ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ





Arquidiócesis de Bogotá

Vicaría de Evangelización
2017

Equipo editorial:

Monseñor Pedro Manuel Salamanca
Jaime Alberto Mancera Casas, Pbro.
Alberto Camargo Cortés, Pbro.
Arturo Silva Hurtado, Pbro.
Alexandra Guerrero Guerrero
Alejandra Martínez Roa

Esta publicación está bajo una licencia *Creative Commons*
Atribución – No comercial – Compartir igual



Diseño, diagramación de contenidos e impresión:

Instituto San Pablo Apóstol
Cra. 24B No. 29A-02 Sur
PBX: 746 2138
www.ispaeducacion.edu.co



Ponemos en las manos de los párrocos, de los equipos parroquiales de evangelización misionera, de capellanes y líderes de movimientos y asociaciones de fieles y, en general, de los animadores de la evangelización, una serie de siete encuentros de preparación para la visita apostólica del santo padre a nuestra ciudad región.

El propósito de estos encuentros, y de otras actividades de preparación, es que la visita del papa Francisco deje una huella de misericordia, esperanza y reconciliación, profunda y duradera, en la vida de nuestra Iglesia, de nuestras familias, de nuestra ciudad y de nuestro país.

Los temas que hemos escogido para estos encuentros están relacionados con el Plan de evangelización de nuestra Arquidiócesis de Bogotá y con la etapa que estamos recorriendo: el «nuevo rumbo». El «nuevo rumbo» consiste en una transformación misionera de la Arquidiócesis, a partir de una concepción y de una vivencia de la evangelización como testimonio de la misericordia. De ahí que el tema de la misericordia ocupe un lugar central en estos encuentros. Asimismo, queremos contribuir a la creación de una cultura de la reconciliación y de la paz, del cuidado de la dignidad de toda vida humana y de la convivencia armoniosa en nuestra ciudad y en nuestro país.



Como es apenas natural, estos encuentros están estructurados en torno a las enseñanzas del magisterio del papa Francisco, particularmente en «La alegría del Evangelio» (*Evangelii Gaudium*).

Pido a ustedes que estos encuentros se realicen de manera que alcancen al mayor número de personas. Se pueden desarrollar en el ámbito de las comunidades y equipos o grupos ya existentes en las sedes parroquiales, en capellanías y casas de religiosos y religiosas, en movimientos eclesiales y demás expresiones vivas de la Iglesia Católica en nuestra ciudad región; pero, de manera especial, deseo que se realicen en grupos que serán convocados en los diferentes sectores de las parroquias, de acuerdo con las orientaciones que se les han hecho llegar previamente.

El propósito es que este programa de preparación tenga un carácter misionero. Que nos sirva para reunir a los vecinos, sean feligreses asiduos a la vida de la Iglesia o personas de buena voluntad que se acerquen atraídos por el mensaje novedoso del papa Francisco. Quiera Dios lo aprovechemos, como un signo de nuestro deseo de acoger la invitación que el Señor nos está haciendo a asumir, con generosidad, una actitud de salida misionera.

Pedro Manuel Salamanca Mantilla

+ Obispo auxiliar

Vicario de Evangelización

Contenido

Introducción 9

Día 1
Jesús: nuestro punto de partida para comenzar algo nuevo 15
Otra ciudad región es posible

Día 2
Jesús anuncia la buena noticia de un Padre Misericordioso 21
Una buena nueva para la ciudad región de Bogotá

Día 3
Jesús invita a ser misericordiosos como el Padre 27
Bogotá, ciudad región de la misericordia

Día 4
Jesús reconoce y cuida la dignidad de la vida humana 33
Bogotá, ciudad región que cuida la vida digna

Día 5
Jesús cura, sana y libera nuestras heridas 39
Ciudad región, hospital de campaña

Día 6
Jesús: profeta que tiende puentes 49
Ciudad que vive la cultura del encuentro

Día 7
Jesús: salvación de la casa común 55
Bogotá, ciudad región en armonía social, ética,
cultural y ambiental

Bibliografía 62



SIGLAS

- EG Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, 2013.
- LS Francisco, Exhortación apostólica *Laudato Si'*, 2015.
- MM Francisco, Carta apostólica *Misericordia et misera*, 2016.
- MV Francisco, Bula de convocación del jubileo extraordinario de la misericordia *Misericordiae Vultus*, 2015.





Introducción

Hemos escuchado la noticia de la visita del papa Francisco a nuestro país y a nuestra ciudad región. Una buena noticia que nos lleva a recordar lo que significa el papa para nosotros como católicos. El papa Francisco es el obispo de Roma y, por lo tanto, es el sucesor del apóstol Pedro, quien recibió la tarea de confirmar en la fe a todos los que creemos en Jesucristo, de velar por la unidad de la Iglesia en el amor y en la misión al servicio del Evangelio.

a) *Confirmarnos en la fe*

La fe es la adhesión de cada uno de nosotros a Jesucristo –como manifestación del amor misericordioso y salvador del Padre– y a su proyecto del Reino. Un cristiano, entonces, no cree simplemente en la existencia de Dios, sino que cree en que Dios es amor. La opción de un cristiano se resume en eso, como dice la primera carta de Juan: «Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él» (1 Jn 4,16). Esta certeza nos impulsa a asumir en nuestras vidas el proyecto del Reino de Dios que es el reinado de su amor en nuestros corazones y en la sociedad, reinado de una vida plena y digna para todos como respuesta a las situaciones de injusticia, falta de solidaridad y violencia en nuestro mundo.

Pero a diario, la fe está sometida a la prueba de todo lo que no marcha como quisiéramos en nuestra vida y en el mundo. Ante el mal, la injusticia, el sufrimiento y el dolor, y nuestras propias equivocaciones,

podemos preguntarnos: ¿dónde está Dios, de quien Jesús nos ha dicho que es una Padre que nos ama? Por eso, es necesario que mutuamente nos animemos y confirmemos en la fe y que seamos capaces de reconocer, en cada momento de nuestra historia, cómo Dios sigue presente, nos cuida y acompaña en el camino de la vida y nos conduce con su amor hacia la plenitud del encuentro con Él.

El papa Francisco viene a confirmarnos en la fe; viene a ayudarnos a reconocer, en la vida de cada uno de nosotros y en la vida de nuestro país y de nuestra ciudad -con sus ilusiones, dramas y desafíos-, la presencia amorosa de Dios que nunca nos abandona; viene a ayudarnos a discernir lo que el Señor espera de nosotros como creyentes en esta hora de la historia de nuestra patria y de esta región capital de Bogotá; viene a invitarnos a que, en medio de la coyuntura que viven la Iglesia y el país, juntos DEMOS EL PRIMER PASO, con Cristo, hacia la transformación de nuestras familias, de nuestra ciudad y de nuestro país; viene a motivarnos en la respuesta decidida al sufrimiento humano, tal y como Jesús lo hizo.





b) *Velar por la unidad de la Iglesia en el amor y en la misión*

Al Señor lo conocemos, amamos y seguimos no como un grupo de individuos dispersos, sino en familia, como una comunidad de discípulos. El Señor quiere que seamos uno en el amor para que el mundo crea en Él y para que, como una comunidad, seamos verdaderamente sal de la tierra y luz del mundo, fermento de una nueva sociedad urbana y rural, más humana y más fraterna.

El papa Francisco viene a ayudarnos a permanecer en esa unidad que se construye desde nuestras diferencias; a ayudarnos a ver que es más lo que nos une que lo que nos separa; a ayudarnos a reconocer con gratitud y alegría el amor que recibimos y damos a diario en la Iglesia; a ayudarnos a sintonizar nuestros propósitos con la gran tarea de ser sal y luz para esta región capital, instrumentos de reconciliación y de paz, artesanos de una ciudad y una sociedad misericordiosa, desde nuestro compromiso de ser misericordiosos con todos, como el Padre lo ha sido con nosotros.

Y para que esta vista pastoral del papa Francisco produzca un efecto duradero en la vida de nuestra Iglesia, de nuestra ciudad región y de nuestro país será necesario que, más allá de escuchar las noticias, nos dispongamos con la oración, el encuentro, el diálogo y la reflexión comunitaria. Es lo que vamos a hacer durante estos siete encuentros de preparación que se nos proponen. Y nos vamos a preparar en comunidad, porque no creemos ni esperamos de manera solitaria o aislada, sino en la comunidad en la que podemos descubrir, con singular intensidad, el amor de Dios.





Para preparar los encuentros

¿Qué buscan estos encuentros?

Disponer y animar a los habitantes de la región capital, con ocasión de la visita del papa, al descubrimiento y encuentro con Jesucristo y su Reino, y al compromiso de todos en la construcción de la paz en la ciudad de la misericordia.

¿A quién se dirigen estos encuentros?

A todos los fieles cristianos y personas de buena voluntad que buscan prepararse para la visita del papa Francisco y se congregan para ello en los distintos sectores que conforman las parroquias, en los grupos parroquiales ya existentes, en los equipos pastorales de capellanías o en cualquier otra comunidad de creyentes que tome la iniciativa.

¿Cuánto tiempo requieren?

Son siete encuentros para ser realizados, uno por semana, con una duración entre hora y media y dos horas.

¿Qué hay que preparar para los encuentros?

Invitar a los vecinos y amigos a prepararnos para la visita del papa Francisco, reuniéndonos en un lugar y una hora adecuados, para compartir un momento fraterno de reflexión y oración.

El responsable debe leer con anterioridad el texto de cada encuentro y preparar lo necesario:

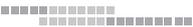


- Ambientar el lugar para la realización del encuentro (con un cirio que se enciende solemnemente el primer día y luego se mantiene encendido durante los demás encuentros y con una biblia abierta al frente).
- Preparar el texto bíblico de cada encuentro.
- Preparar la reproducción de la canción o video que cada encuentro sugiere: por medio del *video beam*, del televisor, de un computador o incluso de un celular con altavoz. Todas las canciones y videos sugeridos se encuentran en el canal de *YouTube* del Plan de Evangelización – Arquidiócesis de Bogotá (<https://goo.gl/oSmhmV>).

Pero, sobre todo, será necesario disponer el espíritu para vivir, en ambiente de oración y comunión, este espacio de encuentro fraterno y de diálogo con los hermanos.

¿Qué pasos se siguen en los encuentros?

1. **Bienvenida y ambientación:** para reconocernos y disponernos a participar en este espacio de encuentro.



2. **Reconozcamos la realidad:** para tomar conciencia de los hechos que nos rodean y la manera como nos afectan.
3. **Leamos y meditemos la Palabra de Dios:** para escuchar lo que el Señor quiere decirnos.
4. **Reflexionemos sobre la realidad a la luz de la Palabra:** para discernir la voluntad de Dios para con nosotros. Puede ser leyendo el texto que se propone cada día o comentándolo.
5. **Dialoguemos:** para confrontar lo escuchado y comprendido con lo que otros piensan y expresan.
6. **Oremos:** para dar gracias y pedir los dones que necesitamos del Señor.

Jesús: nuestro punto de partida para comenzar algo nuevo

Otra ciudad región es posible

1. BIENVENIDA Y AMBIENTACIÓN

Al iniciar, nos presentamos brevemente y compartimos por qué estamos aquí.

Se enciende el cirio como signo de nuestra preparación al encuentro con Jesucristo, quien nos visita en la persona del papa Francisco, a quien queremos acoger y escuchar.

Mientras se enciende el cirio se canta: «Llegará con la luz la esperada libertad» (<https://goo.gl/58qHUA>) o se observa el video de la canción «Color esperanza» de Diego Torres, en este link (<https://goo.gl/89fBbs>) o en el canal de *youtube* del Plan de Evangelización de la Arquidiócesis de Bogotá.

Se comenta en dos minutos, con el compañero de al lado, lo que ha llamado la atención de la canción.

2. RECONOZCAMOS LA REALIDAD

La visita del santo padre a nuestro país ha suscitado muchas reacciones. Pero sobre todo llama la atención ver en los creyentes afirmaciones que, en muchos casos, reflejan una débil esperanza por la ausencia de una lectura de fe sobre los acontecimientos.

Conversemos, en un par de minutos, con quien se encuentra a nuestro lado, sobre: ¿qué hemos escuchado acerca de la visita del papa Francisco? ¿Qué impresión nos ha causado esto?

3. LEAMOS Y MEDITEMOS LA PALABRA DE DIOS

Lectura del profeta Isaías (Is 43, 14-21):

Así dice el Señor, su redentor, el Santo de Israel: (...) Yo soy el Señor, el Santo, el Creador de Israel, su Rey. Así dice el Señor, el que abrió un camino en el mar, una senda en las aguas impetuosas; el que puso en movimiento carros y caballos, a un poderoso ejército de soldados, que quedaron tendidos y no se levantaron; que se apagaron como mecha que se extingue. No se acuerden de las cosas pasadas, no piensen en las cosas antiguas. Miren, voy a hacer algo nuevo, ya está brotando, ¿no lo notan? Trazaré un camino en el desierto, rutas en la llanura. Me glorificarán las bestias salvajes, los chacales y las avestruces; porque haré brotar agua en el desierto y ríos en la llanura, para dar de beber a mi pueblo, a mi elegido, el pueblo que formé para mí, para que proclamara mi alabanza.

Palabra de Dios.

Se deja un momento de silencio para reflexionar sobre la Palabra que se ha proclamado.

4. REFLEXIONEMOS SOBRE LA REALIDAD A LA LUZ DE LA PALABRA

El papa Francisco nos ha enseñado: «La nueva Jerusalén, la Ciudad santa (cf. Ap 21,2-4), es el destino hacia donde peregrina toda la humanidad. Es llamativo que la revelación nos diga que la plenitud de la humanidad y de la historia se realiza en una ciudad. Necesitamos reconocer la ciudad desde una mirada contemplativa, esto es, una mirada de fe que descubra al Dios que habita en sus hogares, en sus calles, en sus plazas. La presencia de Dios acompaña las búsquedas sinceras que personas y grupos realizan para encontrar apoyo y sentido a sus vidas. Él vive entre los ciudadanos promoviendo la soli-



daridad, la fraternidad, el deseo de bien, de verdad, de justicia. Esa presencia no debe ser fabricada sino descubierta, develada. Dios no se oculta a aquellos que lo buscan con un corazón sincero, aunque lo hagan a tientas, de manera imprecisa y difusa» (EG 71).

El país y la ciudad atraviesan momentos llenos de esperanza de renovación y de cambio; en los que no faltan, sin embargo, dudas, sombras y preocupaciones con relación al futuro. Ante las dificultades y problemas que nos afectan a todos, podemos quedarnos en la actitud pasiva de quien sólo se queja o hacer una resuelta opción por la esperanza y la transformación, como nos lo pide la fe.

Como lo dice en papa Francisco, en el texto de su exhortación *Evangelii Gaudium*: «Dios vive en medio de la ciudad». Dios está presente en medio de nosotros, de manera particular, en las búsquedas sinceras que se hacen por encontrar apoyo y sentido a nuestras vidas. Pese a todos los problemas y obstáculos, el reino de la vida plena que



Cristo ha inaugurado con su resurrección va creciendo en nuestro mundo. Pese a tantas dificultades nuestro país y nuestra ciudad, han ido desarrollándose y superando obstáculos en el camino hacia la concordia y la justicia, y es necesario aprender a reconocer esto.

No podemos dejarnos cegar por el mal. Esa es una de las estrategias preferidas del maligno: que solo veamos el mal para sumirnos en el pesimismo y en la desesperanza, y así hundirnos en la indolencia y en la pasividad. Tampoco podemos caer en la trampa de ver únicamente el mal fuera de nosotros o en los grupos que ven las cosas de una manera diferente de la nuestra. Es necesario que todos reconozcamos nuestra responsabilidad en los problemas que afectan a nuestro país y a nuestra ciudad.

También, es necesario reconocer desde la fe todo lo que el Señor va realizando en los corazones de los seres humanos y en la marcha de la historia de nuestro país y de nuestra ciudad región. Pensemos, por ejemplo, en el perdón que no pocas víctimas han ido dando a quienes les causaron grandes sufrimientos, como el secuestro o el asesinato de sus seres queridos. Pensemos en la solidaridad de tantos frente a las víctimas de las tragedias naturales como la de Mocoa. Pensemos en el sentido creciente respecto del cuidado de nuestra casa común y en cómo cada día, por ejemplo, numerosos habitantes de Bogotá optan por un medio de transporte que no contamina el aire de nuestra ciudad como la bicicleta.

A todo lo que hay de bueno, o comienza a germinar de bueno, los cristianos tenemos el deber de sumarnos y de contribuir de manera generosa. Claro está, la actitud de esperanza tampoco nos puede cegar para no ver y no denunciar la realidad del mal: la corrupción, la exclusión social, las múltiples violencias que afectan a nuestra sociedad, la mentira, la crisis de la familia, la polarización que nos impide hablar serenamente de los problemas comunes, el relativismo moral desde el cual todo da lo mismo, la impunidad, etc. Todo esto

debemos combatirlo en primer lugar en nuestro propio corazón y denunciarlo con valor.

Y para hacerlo necesitamos abrirnos más a la presencia actuante de Dios, unirnos más profundamente a Jesucristo mediante la oración y los sacramentos, dejarnos transformar por su Espíritu en obediencia a sus llamadas interiores. Solo Jesucristo nos da la fortaleza necesaria para vencer la soberbia, el egoísmo y la idolatría del dinero y del confort. Solo Él nos da el valor para denunciar el mal. Solo Él nos da el amor y la humildad para no convertirnos en jueces despiadados de los que se equivocan y para escuchar a los que piensan distinto con serenidad. Solo Él nos conforta con la certeza de que al final la última palabra no será la victoria del mal y de la injusticia, sino del bien y del amor. Solo Él nos da la fortaleza para no desmayar en la construcción de un mundo y de una ciudad mejor, mientras esperamos los cielos y la tierra definitivamente nuevos que aparecerán cuando se manifieste en su gloria, al final de los tiempos.





La visita del papa es, por tanto, una ocasión para mirar desde la fe los acontecimientos que vive el país y nuestra ciudad región, para reconocer la acción salvífica y misericordiosa que Dios está ya realizando entre nosotros y para elegir seguir caminando con esperanza, comprometidos por la transformación evangélica de nuestra historia y de nuestra ciudad, tal y como lo venimos haciendo guiados por el Plan arquidiocesano de evangelización. Las intervenciones del papa, sus gestos, su presencia entre nosotros nos animarán a dar ese paso hacia la esperanza.

5. DIALOGUEMOS

- ¿Qué nos dice Jesús sobre esto? Recordemos alguna frase o alguna actitud de Jesús frente a las circunstancias difíciles de su tiempo, que nos enseñe la actitud que debemos asumir hoy.
- ¿Qué estamos dispuestos a hacer nosotros? Compartamos nuestros temores, esperanzas y anhelos de compromiso frente a la situación actual que vive nuestra ciudad región y el país.

6. OREMOS

Luego de expresar nuestras oraciones y súplicas espontáneas al Señor, concluyamos el encuentro con la oración por la visita a Colombia del papa Francisco, que se encuentra en la contra portada de este texto.

Jesús anuncia la buena noticia de un Padre Misericordioso

Una buena nueva para la ciudad región de Bogotá

1. BIENVENIDA Y AMBIENTACIÓN

Nos saludamos e invitamos a quienes se unen al grupo a presentarse brevemente.

Escuchamos, cantamos o vemos el video: «Nadie te ama como yo» (Martín Valverde), (<https://goo.gl/mHgFik>).

Y se comenta en dos minutos, con el compañero de al lado, lo que nos gusta de esta canción.

2. RECONOZCAMOS LA REALIDAD

En el anterior encuentro, hemos reconocido y celebrado la presencia de Dios en medio de las luces y sombras de nuestra ciudad y de nuestra realidad nacional; presencia que nos llama a la esperanza y al compromiso a pesar de tantas circunstancias adversas y fragilidades. En efecto, podríamos quedarnos lamentando tantas injusticias y dolores que vivimos a diario y que pareciera que se repiten y se repiten sin una solución a corto plazo. Sin embargo, encontramos en nuestra relación personal con Jesucristo la sabiduría y la fuerza para afrontar nuestra realidad con esperanza y alegría, para ver que la ciudad también está siendo construida por la fuerza de la misericordia de Dios que todo lo transforma.

En diciembre de 2015, comenzando el Año de la misericordia, decía el papa Francisco:



«En nuestra época de profundos cambios, la Iglesia está llamada a ofrecer su contribución peculiar, haciendo visibles los signos de la presencia y de la cercanía de Dios... Dirigir la mirada a Dios Padre misericordioso y a los hermanos y hermanas, necesitados de misericordia, significa poner la atención en el contenido central del evangelio: Jesús, la misericordia hecha carne, que hace visible a nuestros ojos el gran misterio del amor trinitario de Dios. Celebrar la misericordia equivale a poner de nuevo en el centro de nuestra vida personal y de nuestras comunidades, lo específico de la fe cristiana: Jesucristo el Dios Misericordioso» (Catequesis del papa Francisco, 9 de diciembre de 2015).

Hoy estamos invitados a sentir y a experimentar, en medio de nuestras circunstancias, que Dios es «brisa suave» como lo dice el profeta Elías (I Re 19, 11-13). Él no es una carga pesada, Él está para ayudarnos a desatar nudos, liberarnos de enredos, hacer más ligera y feliz la existencia. ¡Nuestro Dios es una buena noticia!

A ese Dios misericordioso solo lo alcanzamos en la persona de Jesucristo. Viendo a Jesús vemos a Dios. El Dios «invisible» se hace «visible» en Jesús. Dios se nos ha revelado en Jesús. El problema está en que, teniendo tan cerca a Jesús, nos pasa lo mismo que al apóstol Felipe: no conocemos a Jesús. Como dice el Plan de evangelización, al señalar la fuente de nuestros problemas: «hay una débil adhesión a la persona de Jesús y a su proyecto del Reino».

3. LEAMOS Y MEDITEMOS LA PALABRA DE DIOS

Lectura de la primera carta de Juan (I Jn 4,7-10)

Hermanos queridos, amémonos los unos a los otros, porque el amor procede de Dios. Todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor. Dios nos ha manifestado el amor que



nos tiene enviando al mundo a su Hijo único, para que vivamos por él. El amor no consiste en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo como víctima por nuestros pecados.

Palabra de Dios.

Se deja un momento de silencio para reflexionar sobre la Palabra que se ha proclamado.

4. REFLEXIONEMOS SOBRE LA REALIDAD A LA LUZ DE LA PALABRA

*«Crear un Dios para temerlo y adorarlo es cosa fácil;
derrotar la muerte para crear la vida por encima
de un fetiche es obra de titanes»*

Santiago Pinto Vega.

Narrar el ser de Dios no puede ser ni significar otra cosa que narrar el amor gratuito de Dios. El Dios que se nos narra en la Biblia no es una divinidad fría y lejana que deja al ser humano a su suerte. Es un Dios que ve, oye, conoce, baja. Nuestro Dios no es ciego ni sordo ni mudo: le afecta el sufrimiento de su pueblo y está ahí listo para sostenerlo. En este sentido, el papa Francisco nos enseña que «la misericordia en la Sagrada Escritura es la palabra clave para indicar el actuar de Dios hacia nosotros» (MV 9). Así mismo, el profeta Oseas nos habla de cómo la misericordia es la cualidad fundamental de Dios: «Me da un vuelco el corazón, se me conmueven las entrañas. No ejecutaré mi condena... porque soy Dios y no hombre, soy el santo [el misericordioso] en medio de ti y no enemigo destructor» (Os 11, 8-9).

Jesús, el hijo amado, no puede dejar de anunciar al Dios que arde en sus entrañas. Él vivió, y comunicó una sana experiencia de Dios, sin desfigurarla con miedos, ambiciones o fantasmas. Jesús nunca habla de un Dios indiferente o lejano, olvidado de sus criaturas o interesado por su honor, su gloria o sus derechos.



Para Jesús, Dios es un misterio de misericordia absoluta, bondad sin límite, perdón continuo y gratuito. La compasión misericordia es el modo de ser de Dios, su manera de ver la vida y mirar a las personas. Dios siente hacia sus criaturas lo que una madre siente hacia el hijo que gozosamente lleva en su vientre. Dios nos lleva en sus entrañas conmovidas (Is 49, 15). Siempre el amor de Dios gana la partida. Y ante este amor solo nos queda «callar... y llorar de agradecimiento de amor» en palabras de Santa Teresa De Lisieux.

Decía el cardenal Carlo Martini: «Dios no es alguien que nos estimula a ser mejores, no es un reformador moral de la humanidad, sino que ante todo, es **el amor ofrecido sin límites**, el puro amor gratuito de misericordia que no condena, no acusa, no reprocha. La mirada de Jesús no es acusadora



ni amonestadora, sencillamente es una mirada de misericordia de amor».

La misericordia y el amor no niegan la justicia; la resitúan en un ámbito completamente diferente: el de la gracia. La misericordia altera los valores imperantes y nos introduce en la esfera admirable de la gratuidad absoluta de Dios. Va más allá de lo legal. La misericordia es novedad creadora, es sorpresa que transforma. Dios privilegia el amor gratuito y la misericordia sin límites. Por eso y para eso es Dios. «Si Dios se detuviera en la justicia dejaría de ser Dios, sería como todos los hombres que invocan respeto por la ley. La justicia por sí misma no basta, y la experiencia enseña que apelando solamente a ella se corre el riesgo de destruirla. Por esto Dios va más allá de la justicia con la misericordia y el perdón» (MV 21).

La misericordia es lo esencial, lo definitivo... Ser misericordiosos no solo es un modo de ser, sino **el modo de ser**, es el atributo primero y último con el que Dios ha querido revelarnos el nombre de Dios que es misericordia (cf. MV 11). La misericordia aparece como experiencia fundante de una nueva creación. «La culminación de todas nuestras obras es el amor. Ese es el fin; para conseguirlo, corremos; una vez llegados, en él reposamos» (San Agustín).

El anuncio de la misericordia divina entre nosotros, actuando gratuitamente por nuestro bien, es buena nueva para nuestra ciudad región, que vive en circunstancias de injusticia, de desigualdades, de conflictos sociales. Es el mensaje central que el papa nos ha mostrado durante su pontificado y que viene a reafirmarnos en este momento en el que estamos tan necesitados de reconciliación y de paz. El don de la misericordia, convertido en el modo de ser que todos buscamos, despierta el anhelo y el compromiso de trabajar juntos por una ciudad región diferente, por una ciudad de la misericordia.



5. DIALOGUEMOS

- **¿Qué nos dice Jesús sobre esto?** Conversemos sobre la imagen que tenemos de Dios. ¿Reconocemos en nuestras actitudes, como cristianos, una imagen misericordiosa de Dios?
- **¿Qué estamos dispuestos a hacer nosotros?** El papa Francisco anuncia constantemente la misericordia de Dios, ¿cómo podemos difundir esa imagen misericordiosa de Dios en una ciudad necesitada de Él?

6. OREMOS

Luego de expresar nuestras oraciones y súplicas espontáneas al Señor, meditemos las palabras del papa Francisco:

Este es el tiempo de la misericordia. Cada día de nuestra vida está marcado por la presencia de Dios, que guía nuestros pasos con el poder de la gracia que el Espíritu infunde en el corazón para plasmarlo y hacerlo capaz de amar. Es el tiempo de la misericordia para todos y cada uno, para que nadie piense que está fuera de la cercanía de Dios y de la potencia de su ternura. Es el tiempo de la misericordia, para que los débiles e indefensos, los que están lejos y solos sientan la presencia de hermanos y hermanas que los sostienen en sus necesidades. Es el tiempo de la misericordia, para que los pobres sientan la mirada de respeto y atención de aquellos que, venciendo la indiferencia, han descubierto lo que es fundamental en la vida. Es el tiempo de la misericordia, para que cada pecador no deje de pedir perdón y de sentir la mano del Padre que acoge y abraza siempre (MM 21).

Concluamos el encuentro con la oración por la visita a Colombia del papa Francisco.

Jesús invita a ser misericordiosos como el Padre

Bogotá, ciudad región de la misericordia

1. BIENVENIDA Y AMBIENTACIÓN

Nos saludamos e invitamos a quienes se unen al grupo a presentarse brevemente.

Escuchamos o vemos el vídeo: «Tu modo» de Cristóbal Fones (<https://goo.gl/BMGTft>) o «Bienaventurados los misericordiosos» – Himno de la Jornada Mundial de la Juventud en Cracovia, Polonia (<https://goo.gl/PlppNE>) y se comenta en dos minutos, con el compañero de al lado, lo que ha llamado la atención de la canción.

2. RECONOZCAMOS LA REALIDAD

El papa Francisco nos ha enseñado:

«La misericordia no puede ser un paréntesis en la vida de la Iglesia, sino que constituye su misma existencia, que manifiesta y hace tangible la verdad profunda del Evangelio. Todo se revela en la misericordia; todo se resuelve en el amor misericordioso del Padre (...) ella cambia la vida (...) crea una cultura en la que ninguno mire con indiferencia ni aparte la mirada cuando vea el sufrimiento de los hermanos» (MM I.4.20).

«La comunidad evangelizadora experimenta que el Señor tomó la iniciativa, la ha primereado en el amor; y por eso, ella sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los alejados y llegar a los cruces de los

caminos para invitar a los excluidos» (EG 24).

Cuando somos conscientes de que el Señor nos ha amado primero, podemos con mayor facilidad salir al encuentro de los demás. ¿Puedes mencionar una situación particular donde has experimentado una actitud de salida o acogida de parte tuya, hacia alguien necesitado de ayuda o apoyo? Compartir durante dos minutos con el compañero de al lado esas experiencias.

3. LEAMOS Y MEDITEMOS LA PALABRA DE DIOS

Del Evangelio de Lucas:

Dijo Jesús: «Sean misericordiosos como mi Padre es misericordioso» (Lc 6,36).

«El Señor designó a otros setenta y dos y los envió por delante, de dos en dos, a todos los pueblos y lugares a donde él pensaba ir. Y les dio estas instrucciones: (...) Si al entrar en una ciudad, los reciben bien, coman lo que les presenten. Sanen a los enfermos que haya en ella, y anuncienles: →Está llegando a ustedes el reino de Dios» (Lc 10, 1-9).

Palabra del Señor.

Se deja un momento de silencio para reflexionar sobre la Palabra que se ha proclamado.

4. REFLEXIONEMOS SOBRE LA REALIDAD A LA LUZ DE LA PALABRA

Como lo señala Jesús, la tarea de todos los discípulos misioneros es ser misericordiosos con todos, como el Padre Celestial lo ha sido con nosotros, haciendo de la misericordia el estilo de vida que nos distingue como creyentes, hijos de Dios y ciudadanos.



Entrar en la ciudad, sanar a los enfermos que hay en ella, caminar con los que sufren, optar por los pobres sin excluir a nadie, pasar por esta vida sanando, curando, liberando es el proyecto de vida que Jesús realiza y nos propone hoy a nosotros. Y, desde esa acción curadora, sanadora, liberadora, estamos llamados a proclamar a mujeres y hombres que está llegando el **Reino de Dios**, y por tanto, la posibilidad de una vida digna, plena, feliz, de una nueva sociedad, de un mundo distinto, que con esperanza llamamos: **la ciudad de la misericordia**.

Al contemplar a Jesús en el Evangelio, podemos aprender lo que significa vivir una vida desde la misericordia. La metodología que utilizaba Jesús en su praxis era: **ver, compadecerse, curar, sanar, liberar**. Al ofrecer la misericordia sin excluir a nadie, Jesús critica el sistema establecido por ser injusto y perverso, denuncia las conductas contrarias al amor y a la dignidad humana y las relaciones de dominación y de exclusión. Al mismo tiempo, Jesucristo, con su acción misericordiosa, reivindica una imagen nueva y desconcertante de Dios Amor que reclama una nueva comunidad inclusiva, de puertas abiertas a todos y que se preocupa de los que sufren, de los marginados y excluidos.

Jesús actúa movido por su amor entrañable y por su pasión liberadora para arrancar a los que sufren del poder desintegrador del mal. Es la misericordia la que lo impulsa (Mc 1, 41). Con su actuación curativa y liberadora, Jesús es signo de que Dios no los abandona (Mt 12, 28; Jn 14, 18). Jesús se hace presente allí donde la vida aparece más amenazada incluso, malograda y aniquilada. Y es a partir de su acción recreadora y liberadora, en medio de este mundo enfermo, desde donde anuncia el Reinado de Dios: la vida tal como la quiere construir Dios, actuar como actúa Dios.

Jesús vincula estrechamente la predicación misionera y la tarea sanadora de sus discípulos, como parte de una misma dinámica que ha de abrir camino al Reino de Dios entre los hombres. Los envió a proclamar el Reino de Dios y a sanar (cf. Lc 9,2).

Jesús lo veía todo desde la compasión de Dios. Y lo que a Él más le preocupaba era el sufrimiento que destruía, humillaba y marginada a la gente de su pueblo. Jesús caminaba por Galilea no solo para buscar la conversión de los pecadores, sino para acercarse a enfermos y endemoniados para liberarlos de su sufrimiento. Su misión es más terapéutica que moral o religiosa. No es que no le preocupe el pecado sino que, para Él, el pecado que más se opone a Dios es precisamente causar sufrimiento a los empobrecidos o tolerarlo con actitud indiferente.

Jesús pone en cuestión un sistema social que discrimina, aísla, paraliza, empobrece y por consiguiente enferma a las personas. Él ofrece una alternativa basada en valores como la misericordia, el perdón, la indignación, el amor gratuito, la inclusión de los marginados visible en gestos tan elocuentes como las comidas compartidas con pecadores y publicanos o sus curaciones y exorcismos. Él es el rostro de la misericordia del Padre, ha hecho de su vida «mesa compartida» y «casa común» y espera lo mismo de sus discípulos.





A lo largo de la historia de la Iglesia, hemos trabajado el mandato de enseñar («vayan y enseñen a todas las gentes»), de bautizar («vayan y bauticen») y celebrar los demás sacramentos; pero junto a esta tarea catequética y litúrgica, hemos olvidado dar un auténtico contenido al mandato de Jesús: *vayan y curen, vayan y sean misericordiosos como el Padre Celestial*. En efecto, en Jesús es tal la importancia de sus gestos misericordiosos de curación y liberación que la predicación queda casi en segundo plano. Son los gestos y signos con los más débiles los que presentan la misión de Jesús: «los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan curados» (Mt 11, 5). Es urgente redescubrir el contenido sanador, terapéutico y misericordioso de nuestra fe, si queremos promover la evangelización en el interior de una sociedad tan enferma como la nuestra.

En nuestra Arquidiócesis, el Plan E nos recuerda que «evangelizar es ser testigos de la misericordia de Dios». Justamente, solo desde la compasión-misericordia se construye el Reino de Dios, se evangeliza. En esta tarea evangelizadora, lo decisivo son los medios empleados por el mismo Jesús. Medios que ponen en marcha un proceso de sanación tanto en las personas como en la sociedad. Medios aparentemente pobres, pero imprescindibles para producir «eficacia curadora»: acogida cálida a cada persona, cercanía a las necesidades más vitales del ser humano, comensalidad fraterna, liberación de la soledad y del sufrimiento, ofrecimiento del perdón y rehabilitación, cuidado a los más olvidados y marginados, creación de relaciones más justas y fraternas, oferta de sentido último a la vida y de esperanza definitiva ante la muerte.

La visita del papa a Colombia es ocasión para renovar en nosotros, en toda la Iglesia, el espíritu y el compromiso que nos señaló Jesús con su propia vida. Con su actitud misericordiosa, nos enseña una nueva manera de construir ciudad; ciudad fuente de vida y humanidad. Es precisamente nuestro compromiso de misericordia el que nos lleva a vencer la indiferencia ante el sufrimiento y a generar reconciliación, justicia y paz.



5. DIALOGUEMOS

- **¿Qué nos dice Jesús sobre esto?** ¿Qué esperará Jesús de nosotros en este momento de nuestra historia?
- **¿Qué estamos dispuestos a hacer nosotros?** Permitámonos soñar: ¿qué pasaría en Bogotá, si todos los cristianos fuéramos misericordiosos como Jesús nos lo ha pedido?

6. OREMOS

A partir de la invitación del papa Francisco en este corto video sobre la acogida a los necesitados (<https://goo.gl/BC7fTL>), expresemos nuestras oraciones y súplicas espontáneas al Señor y recordemos las palabras del papa Francisco:

Este es el tiempo de la misericordia. Cada día de nuestra vida está marcado por la presencia de Dios, que guía nuestros pasos con el poder de la gracia que el Espíritu infunde en el corazón para plasmarlo y hacerlo capaz de amar. Es el tiempo de la misericordia para todos y cada uno, para que nadie piense que está fuera de la cercanía de Dios y de la potencia de su ternura. Es el tiempo de la misericordia, para que los débiles e indefensos, los que están lejos y solos sientan la presencia de hermanos y hermanas que los sostienen en sus necesidades. Es el tiempo de la misericordia, para que los pobres sientan la mirada de respeto y atención de aquellos que, venciendo la indiferencia, han descubierto lo que es fundamental en la vida. Es el tiempo de la misericordia, para que cada pecador no deje de pedir perdón y de sentir la mano del Padre que acoge y abraza siempre (MM 21).

Terminemos el encuentro con la oración por la visita a Colombia del papa Francisco.

Jesús reconoce y cuida la dignidad de la vida humana

Bogotá, ciudad región que cuida la vida digna

1. BIENVENIDA Y AMBIENTACIÓN

Nos saludamos e invitamos a quienes se unen al grupo a presentarse brevemente.

Escuchamos o vemos la canción «Tu reino es vida» (<https://goo.gl/L7BgFB>)¹ o la canción «Escojo la vida» de Cristóbal Fones (<https://goo.gl/PGXezh>) y comentamos en dos minutos, con el compañero de al lado, lo que nos ha llamado la atención de la canción.

2. RECONOZCAMOS LA REALIDAD

«A quién carajo le duele, por ejemplo, esos cinco niños que miran sonrientes desde su abandono, esos niños que encuentro mientras recojo las notas de este libro. Criaturas que se empujan y moquean divertidos, con sus caritas que son una cicatriz viva. Los miro y compruebo que en sus ojos no brilla la esperanza de un mañana mejor, sino el hambre, el desconcierto, el olvido, que muy pronto deja su lugar a la pobreza y a la desolación» (Javier Valdez, periodista mexicano recientemente asesinado).

1 Se sugiere especialmente, en el primer caso, la versión que aparece al inicio en la misa de la beatificación de monseñor Oscar Arnulfo Romero, martirizado cuando era arzobispo de San Salvador por denunciar la violencia y luchar por la vida del pueblo salvadoreño, afligido por todo tipo de violencias y de injusticias



Esta expresión del periodista mexicano nos invita a pensar en lo que pasa hoy en nuestra ciudad región. ¿Qué circunstancias que vivimos o vemos en la ciudad nos causan indignación? Comentémoslo durante cuatro minutos.

3. LEAMOS Y MEDITEMOS LA PALABRA DE DIOS

Lectura del Evangelio de Juan (Jn 10,10-12)

Dijo Jesús: «Yo he venido para dar vida a los hombres y para que la tengan en plenitud. Yo soy el buen pastor. El buen pastor da la vida por las ovejas; no como el jornalero que ni es verdadero pastor ni propietario de las ovejas. El jornalero cuando ve venir al lobo, las abandona y huye. Y el lobo las arrebató y las dispersó».

Palabra del Señor.

Se deja un momento de silencio para reflexionar sobre la Palabra que se ha proclamado.

4. REFLEXIONEMOS SOBRE LA REALIDAD A LA LUZ DE LA PALABRA

Dice el papa Francisco:

«Leyendo las Escrituras queda por demás claro que la propuesta del Evangelio no es sólo la de una relación personal con Dios. Nuestra respuesta de amor tampoco debería entenderse como una mera suma de pequeños gestos personales dirigidos a algunos individuos necesitados, lo cual podría constituir una “caridad a la carta”, una serie de acciones que tienden sólo a tranquilizar la propia conciencia. La propuesta es el Reino de Dios (cf. Lc 4,43); se trata de amar

a Dios que reina en el mundo. En la medida en que Él logre reinar entre nosotros, la vida social será ámbito de fraternidad, de justicia, de paz, de dignidad para todos. Entonces, tanto el anuncio como la experiencia cristiana tienden a provocar consecuencias sociales. Buscamos su Reino: “Buscad ante todo el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás vendrá por añadidura” (Mt 6,33). El proyecto de Jesús es instaurar el Reino de su Padre; Él pide a sus discípulos: “¡Proclamad que está llegando el Reino de los cielos!” (Mt 10,7)» (EG 180).

La propuesta del Evangelio, es decir, el proyecto de Dios, no consiste simplemente en una relación personal con Dios, sino en alcanzar, con el compromiso de todos, un mundo donde imperen la justicia y el amor, y en donde cada ser humano pueda desarrollarse en las diferentes dimensiones de su ser. En una palabra, donde la dignidad de todo el ser humano y de todo ser humano sea respetada y promovida.





Las ciudades, en este sentido, nacen con la necesidad de las gentes de encontrar protección frente a la violencia y para tener más oportunidades de satisfacer sus necesidades y así procurar mayor felicidad. Hoy las ciudades son ámbitos que concentran los mayores avances de la humanidad. Sin embargo, simultáneamente, en ellas se vive el mayor número de situaciones de violencia y de deshumanización; en ellas la vida está continuamente amenazada y el aspecto económico parece ser lo fundamental para muchos, bien sea porque, presos de la pobreza, no tienen tiempo sino para pensar en su sobrevivencia personal y familiar o bien porque, disfrutando de oportunidades óptimas, se dedican a enriquecerse y a disfrutar de lo que pueden conseguir con su dinero.

Esta realidad le duele al Señor Jesús. A Él le duele que la vida humana no sea respetada; que haya a diario tantas personas en la ciudad que sean asesinadas; que haya todos los días abortos; que muchas personas no tengan acceso a los servicios básicos ni a las oportunidades que podrían sacarlos de la miseria; que haya tanta hostilidad e intolerancia en las casas de nuestra ciudad, en los colegios y en sus calles; al Señor le duele que las familias no sean hogares cálidos, llenos de ternura, amor y apoyo para sus miembros, sino lugares donde reina la discordia e incluso el maltrato; al Señor le duele que haya gente que se vaya a la cama con una agua de panela a dormir mientras otros desperdician y viven en el lujo; que mucha gente no tenga cómo descansar y recrearse; que cuando la gente necesita de mayor cuidado y atención en medio de la enfermedad, sea cuando recibe un peor trato por parte de la sociedad y del Estado. Al Señor también le duele que, a veces, quienes más han recibido, se encierren en su egoísmo y se vuelvan insensibles e indiferentes a las necesidades de sus semejantes, dedicados al consumo y al placer.

Pero el Señor no solo se conduce frente a todo esto. Él quiere que nosotros, sus discípulos misioneros, le ayudemos a promover el respeto por toda vida humana, especialmente la de quienes es-



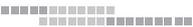
tán en situaciones de mayor fragilidad y vulnerabilidad; a cuidar de la dignidad de toda vida humana; a construir una sociedad de la vida, menos violenta donde las personas tengan los medios necesarios para su desarrollo integral y gocen de oportunidades para progresar dignamente; Él quiere que no sucumbamos al materialismo y desarrollemos la dimensión espiritual de nuestro ser.

Sabemos que todo esto lo podemos lograr si, quienes habitamos en esta ciudad, experimentamos la alegría de la buena noticia del amor del Padre en nuestros corazones. De ahí la necesidad y la urgencia de nuestra misión.

Con seguridad, las palabras que nos dirigirá el papa Francisco en su visita a nuestro país buscarán hacernos compartir el sueño de Jesús para la humanidad y comprometernos con Él a construir una humanidad diferente, donde la dignidad humana sea el criterio de todo: de la economía, del comercio, de la política, de la ciencia, de la religión, de la cultura. Que las palabras del papa Francisco nos ayuden a identificar el aporte que cada uno tenemos que hacer a ese sueño de Jesucristo: la ciudad de la misericordia.

5. DIALOGUEMOS

- **¿Qué nos dice Jesús sobre esto?** Recordemos algunos pasajes del Evangelio que nos puedan inspirar para comprometernos con el cuidado de la vida digna en nuestra ciudad región.
- **¿Qué estamos dispuestos a hacer nosotros?** Compartamos nuestros sentimientos y algunas ideas de lo que podemos hacer en nuestra ciudad y vecindario para promover y cuidar la dignidad de la vida humana.



6. OREMOS

Miremos este video del papa sobre la solidaridad en la ciudad (<https://goo.gl/fWcIBj>) y elevemos a Dios nuestras oraciones y súplicas.

Cerremos este encuentro con la oración por la visita a Colombia del papa Francisco.

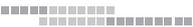
Jesús cura, sana y libera nuestras heridas

Ciudad región hospital de campaña

I. BIENVENIDA Y AMBIENTACIÓN

Profundicemos hoy en la invitación constante que nos hace el papa Francisco a ser solidarios con el dolor de nuestros semejantes; a ponernos en los zapatos de otros, especialmente de los que sufren; a tocar la carne de Cristo en la persona de los débiles y excluidos; a romper la indiferencia; a contemplar el corazón y sus heridas para curarlas, sanarlas y liberarlas, como camino hacia un país reconciliado y en paz:

«La construcción de la paz es un proceso complejo, que no se agota en espacios o en planes de corta duración. Hay que arriesgarse a cimentar la paz desde las víctimas, con un compromiso permanente para que se restaure su dignidad, se reconozca su dolor y se repare el daño sufrido (...) Hay que forjar la paz desde quienes viven la marginalidad y la pobreza extrema, desde quienes no son incluidos en la sociedad (...) Es preciso asumir el riesgo de convertir toda la Iglesia, cada parroquia y cada institución, en un “hospital de campo”, en el lugar seguro en el que se puedan reencontrar quienes experimentaron las atrocidades y quienes actuaron desde la orilla de la violencia. Que en la Iglesia todos hallen sanación y oportunidades para recuperar la dignidad perdida o arrebatada. Que allí se haga posible el arrepentimiento, el perdón y la decisión de no reproducir nuevamente la cadena de la violencia» (Carta de Francisco a los colombianos, 31 de marzo de 2015).



Alimentamos como colombianos la esperanza de que nuestra madre tierra, un día no lejano, sea de todos y para todos, cuando cese de derramarse sobre ella la sangre de tantos hermanos. Para hacer realidad este sueño, hemos de comenzar a curar y a sanar tantas heridas que se han enquistado en nuestros cuerpos, en nuestras almas, en nuestras relaciones. Es tan largo y doloroso el conflicto armado que hemos vivido, que ha llegado a convertirse en parte de nuestras vidas como una verdadera cultura de la violencia. El dolor de las víctimas, su memoria del horror y de sus resistencias ante la guerra está en el corazón de Dios y debe ser nuestro compromiso como creyentes. ¿Tendremos posibilidad de sanar, curar y liberar tanto y a tantos?

La siguiente canción «Yo vengo a ofrecer mi corazón» de Fito Páez (<https://goo.gl/8rDvwQ>) nos invita a disponernos de corazón a recuperar la vida, a restituir, a darlo todo para colmar vacíos y sembrar esperanzas. No todo está perdido, es preciso comprometer el corazón en los grandes y pequeños cambios que necesitamos.

2. RECONOZCAMOS LA REALIDAD

Enfrentar la realidad herida requiere fortaleza y carácter. Mirar el pasado de tanto dolor, de tanta muerte, de tantas heridas para afrontar con realismo el presente y afrontar con esperanza el futuro requiere de mucha tenacidad y del testimonio de los sobrevivientes.



Tulia Rosa Pérez recibe, de la Unidad de Justicia y Paz de la Fiscalía, los restos de su hija desaparecida en 2001 por grupos paramilitares (La Hormiga, Putumayo, 2007).

*Fotografía: Ernesto Guzmán - El País.
(Tomado de “Basta ya: memorias de guerra y dignidad”,
Centro Nacional de Memoria Histórica, 2013, p. 262).*



Observemos, durante un minuto, la fotografía. ¿Qué significa sanar, curar, liberar a esta madre, a su familia, a su comunidad, a sus victimarios? Compartamos nuestras respuestas por un par de minutos con quien está al lado.

La única forma de sanarnos de la espiral de la violencia es asumiendo la tarea de lavarnos, limpiarnos, consolarnos, liberarnos. Esto es algo que nunca hemos hecho de manera colectiva, sincera, generosa, dispuesta, honesta, incluso sistemática. Las curaciones deben ser colectivas, que nos impliquen; no pueden seguir dándose en el anonimato, en los esfuerzos individuales o aislados.

Para ello y en el marco de este nuevo contexto que está viviendo nuestro país y nuestra ciudad región, de búsqueda de reconciliación y nuevos caminos de construcción de la paz, veamos qué heridas hay que sanar. Enumeramos, a continuación, algunas de las heridas más hondas, que nos recuerdan esos rostros heridos y rotos por el dolor, y que nos retan en nuestra propia vida y en la construcción de una ciudad misericordiosa, tal y como Jesús lo quiere.

- a. **Curar, sanar, liberar la memoria:** la memoria es la voz de los que han sufrido de manera directa la crueldad y el horror. Por esto, es la conciencia del pasado que hemos vivido, para reconocer de lo que somos capaces, y sobre todo, para enderezar el camino que como pueblo hemos perdido. La memoria es la imposibilidad de olvidar a quienes más han sufrido, es el llamado que se nos hace a escuchar a tantos hermanos que han sido cruelmente maltratados. Dar voz a la memoria nos permite sanar y liberar a las víctimas, y avanzar en el porvenir lleno de esperanza que comenzamos a construir.
- b. **Curar, sanar, liberar los daños socioculturales y psicosociales causados en personas y comunidades,** particularmente, en las mujeres, las niñas y los niños, los adolescentes, los jóvenes, la comunidad Igbti, los afrocolombianos, los indígenas y los



campesinos en general. Tristemente, nos hemos acostumbrado al impacto del conflicto sobre estas poblaciones como si nada pasara. Somos indolentes, pasivos e indiferentes ante su dolor. Nuestra indiferencia ante la pérdida de los seres queridos, de su dignidad, de su libertad, de sus tierras, las amenazas que siguen enfrentando acrecienta su vulnerabilidad e incluso los vuelve a ser doblemente víctimas.

- c. **Curar, sanar, liberar las heridas del sistema social:** para ello, debemos comprender nuestra responsabilidad en la construcción de la sociedad y, en consecuencia, nuestro deber de denunciar y rechazar la corrupción, las mentiras de quienes ejercen la política buscando sus propios intereses, las ideologías que someten la dignidad humana y que exacerbaban la guerra y la confrontación violenta, las alianzas de los que tienen el poder económico y político con grupos armados irregulares y el exterminio sistemático de los líderes sociales, de los movimientos sociales y ciudadanos.
- d. **Curar, sanar, liberar las heridas del ecosistema:** enseñando, sobre todo a niños y jóvenes, la importancia vital del cuidado del agua, de las plantas, de los animales, del aire. Educando una conciencia ecológica integral que permita un nuevo estilo de vida en la ciudad y en el campo.

Dialoguemos tres minutos con quien está al lado sobre las heridas que habría que sanar, curar y liberar en nuestro contexto cercano: casa, barrio, colegio, sector, etc.

3. LEAMOS Y MEDITEMOS LA PALABRA DE DIOS

Del Evangelio de Mateo (Mt 10,7-15):

Vayan y proclamen que está llegando el Reino de los cielos. Sanen a los enfermos, resuciten a los muertos, limpien a los leprosos, expulsen a los demonios; gratis lo han recibido,



entréguenlo también gratis. No lleven oro ni plata ni dinero en el bolsillo; ni morral para el camino ni dos túnicas ni sandalias ni bastón; porque el obrero tiene derecho a su sustento. Cuando lleguen a cualquier pueblo, averigüen quién hay en él digno de recibirlos y quédense en su casa hasta que se vayan. Al entrar en la casa, saluden, y si lo merecen, la paz de su saludo permanecerá con ellos; si no, regresará a ustedes. Si no los reciben, ni escuchan su mensaje, salgan de esa casa o de ese pueblo y sacúdanse el polvo de los pies. Les aseguro que el día del juicio será más llevadero para Sodoma y Gomorra que para ese pueblo.

Palabra del Señor.

Se deja un momento de silencio para reflexionar sobre la Palabra que se ha proclamado.

4. REFLEXIONEMOS SOBRE LA REALIDAD A LA LUZ DE LA PALABRA

La acción misionera por excelencia que Jesús enseña y pide a sus discípulos es la proclamación de la presencia del Reino, es decir, la vivencia de la misericordia en medio de la comunidad en misión y en la historia de sus destinatarios.

El Reino de los cielos llega para erradicar el mal que se arraiga en el corazón humano, y que causa e impone el sufrimiento a los otros, desconociendo su dignidad, especialmente a los más desvalidos. Sobre ellos es que Jesús ejerce primero una acción liberadora.

Esta acción consiste en dar vida, especialmente para los que la tienen vulnerada y amenazada. Esta debe ser entonces la tarea de la comunidad discípula y misionera. La acción de dar vida se hizo concreta en Jesús al curar enfermos, resucitar muertos, limpiar leprosos, echar demonios. Hoy, para lograrlo, el papa Francisco nos invita a



convertirnos en Evangelio puro, es decir, a ser terapeutas de la misericordia, lavando, limpiando, consolando, liberando, como buenos samaritanos. La ciudad misericordiosa que buscamos pasa por esta acción terapéutica.

«Veo a la Iglesia como un hospital de campaña tras una batalla. ¡Qué inútil es preguntarle a un herido si tiene altos el colesterol o el azúcar! Hay que curarle las heridas. Ya hablaremos luego del resto. Curar heridas, curar heridas... Y hay que comenzar por lo más elemental... Ser misericordiosos, hacerse cargo de las personas, acompañándolas como el buen samaritano que lava, limpia y consuela a su prójimo. Esto es Evangelio puro» (Entrevista de Spadaro al papa Francisco, 19 de agosto de 2013).

Pero hay que tener en cuenta además, que el mal que afecta a muchos tiene también un origen y una dimensión social. La acción de sanar y



liberar de Jesús busca transformar más el mundo social, que el mundo físico. Es decir, Jesús sana a los leprosos no solo con su curación física, sino sobre todo rescatando su dignidad vulnerada y acogiéndolos en la comunidad de los discípulos que reconoce una nueva manera de vivir con otros, esto es, el Reino de Dios.

Por eso, Jesús, con su acción misericordiosa hacia los más pobres y excluidos de la sociedad, actuaba sobre el mal que el orden y la vida social de su tiempo producía, al no estar al servicio de la dignidad de la persona humana. Curando, sanando y liberando, Jesús volvía a poner en el centro de la vida social la dignidad de cada ser humano e integraba a los pecadores y marginados, en la comunidad, a pesar de las controversias que generaba.

Con estas acciones curativas-sanadoras-liberadoras, es decir, colmadas de vida abundante y dignificadora, Jesús restituye el lugar de la humanidad en el entorno social, de los que han sido vulnerados, heridos en su condición humana disminuida y rechazada. De igual manera, hoy Jesucristo quiere actuar a través de sus discípulos misioneros, de quienes espera que su testimonio de misericordia y compromiso con la sanación de las heridas de todos incida en la transformación de todo aquello que en los sistemas políticos, económicos, sociales y culturales afecta y enferma la vida humana y genera exclusión, violencia y rechazo.

Con corazón compasivo y misericordioso, como Jesús, hoy nos enfrentamos a la cuidadosa misión de despertar cuerpos a la vida, de devolver la salud a mujeres y hombres heridos, de curar las profundas lesiones de años y años de guerra. Estamos llamados a conmovernos, a imagen de Jesucristo, y a hacer parte de acciones educativas y sociales que reivindiquen a estas personas en la sociedad, a través del respeto a su dignidad humana, acciones que reivindiquen los valores y las identidades perdidas, por causa de la violencia intrafamiliar, del desplazamiento forzado y demás actos de terror e injusticia. Y en esta tarea de reivindicación de las víctimas, la memoria de sus dolores y de sus historias de dignidad es un imperativo para todos los cristianos.



Será una labor exigente, capaz de hacer renacer en nosotros la alegría, porque se trata de recuperar la vida, de valorar a las personas, de mostrar que cada ser humano es sagrado y nos compromete; de mostrar que la «no violencia» es el camino, en últimas, de continuar la misión del Señor Jesús.

Colombia va a ser nueva, cuando resurja con una nueva humanidad, con una nueva actitud humanista y no violenta, fruto de una nueva educación del corazón y de curar, sanar y liberar heridas y transformar las causas profundas de nuestra inhumanidad.

5. DIALOGUEMOS

- **¿Qué nos dice Jesús sobre esto?** El amor de Jesús por todos nosotros ya ha mostrado su poder, al vencer el pecado y la muerte misma con la resurrección. ¿Qué nos dice este triunfo de Jesús a nosotros hoy?
- **¿Qué estamos dispuestos a hacer nosotros?** ¿Hasta dónde estamos dispuestos a comprometernos con esta misión de la misericordia, de sanar, curar y liberar heridas, en el momento presente en nuestra ciudad región y de nuestro país?

6. OREMOS

Volvamos a la foto de la señora Tulia Rosa y, contemplándola, hagamos una oración muy honda y personal. Luego de un par de minutos, elevemos a Dios la oración que brota de esta experiencia.

Culminemos este encuentro con la Oración por la paz de Colombia, propuesta por la Conferencia Episcopal, que se encuentra a continuación:

Oración por la paz de Colombia

Conferencia Episcopal de Colombia

Padre, Tú eres un océano de paz y nos regalas,
por medio de tu Hijo Jesucristo y por la acción del Espíritu Santo,
este don y lo siembras en nuestro corazón
por medio de la conversión y la reconciliación.

Tú nos confías la paz a nuestra responsabilidad,
convirtiéndonos en artesanos de la paz, para construirla
con «pasión, paciencia, experiencia y tesón».

Tú quieres que nuestras familias sean escuelas de paz
donde te escuchemos, acojamos y te sigamos mejor
y, así germinen palabras y gestos de perdón, escucha,
diálogo, ternura, amor y reconciliación.

Que los niños y jóvenes se conviertan en protagonistas
de un futuro de paz.

Acompáñanos en las responsabilidades que tenemos
en nuestra vida social, política, económica, cultural y eclesial.
Haz que difundamos el respeto por la vida, las personas y la creación;
que seamos solidarios, fraternos, justos y trabajadores del
bien común.

Acoge en tu casa a quienes murieron víctimas de la guerra fratricida,
mueve el corazón de los actores violentos
para que vuelvan a Ti y sean también ellos
constructores comprometidos de la paz.

Fortalece a las víctimas en su dignidad
y otórgales valentía para ofrecer el perdón.

Que María Reina de la paz,
nos ayude a desarmar el corazón,
a vivir la justicia, el perdón, la reconciliación y la paz,
para que nazca en Colombia la civilización del amor.

Amén.

Jesús: profeta que tiende puentes

Ciudad que vive la cultura del encuentro

1. BIENVENIDA Y AMBIENTACIÓN

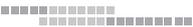
Hoy compartiremos cómo una ciudad de la misericordia, una ciudad en la que reine el Amor de Dios, es una en la que los diferentes se encuentran y pueden convivir y trabajar juntos.

Para iniciar, se invita a ver el siguiente video «Bogotá: diversidad cultural» (<https://goo.gl/GbwYzb>).

2. RECONOZCAMOS LA REALIDAD

Bogotá se ha convertido en el hogar de muchos. Ella es la casa, tanto de quienes han nacido en ella como de los que han venido de todas las regiones del país, incluso del exterior, en busca de mejores condiciones de vida, trabajo, salud, bienestar. También ha sido refugio y una oportunidad más para los que huyen de la guerra y de la violencia que tristemente hemos sufrido por décadas en el país.

La llegada de tantas y tan diversas personas ha hecho que la ciudad sea cada vez más plural, más heterogénea; es decir, con diferentes formas de pensar, de vivir la espiritualidad, de relacionarnos con otros, de comprender la política, de ganarse la vida, de ser hincha de un equipo, de vivir en familia, etcétera. Aunque la mayoría seamos cristianos, por ejemplo, incluso entre nosotros, hay diferentes maneras de vivir la fe, de orar, de comprender la comunidad, de entender el compromiso cristiano, de relacionarnos con lo sagrado, con la Iglesia o con las tradiciones.



Sin embargo, estamos viviendo una paradoja. A pesar de ser tan diversos, de vivir tantas maneras de ser y estar en el mundo –y particularmente en nuestra ciudad–, por el conflicto armado y la desconfianza que ha sembrado en nuestros corazones, hemos sido testigos de la conformación de dos bandos que ocultan las diferencias y nos pone en un mundo de extremos; grupos humanos que parecen no tener nada en común, porque cada uno se considera la parte buena, la correcta, la que tiene la verdad y ve a la otra representante de la maldad, de la equivocación, de la mentira. En esta polarización, no hay espacios para matices, para diferencias, para la pluralidad.

Estos bandos u orillas se han venido separando por las diversas maneras de entender la salida de la violencia en el país, por la comprensión de lo político, por las diferencias en la vivencia de la fe, por la defensa de la familia, por el plebiscito del pasado 2 de octubre. Y, tristemente, en nuestros espacios más íntimos e importantes como la familia, las comunidad de fe, la parroquia, el barrio, el trabajo hemos reproducido esta polarización que nos clasifica en un grupo y nos pone en contra del otro: unos a favor del sí y otros del no; unos que creen defender los verdaderos valores cristianos y otros que están equivocados porque se han dejado manipular; unos que dicen tener la verdad de lo que está ocurriendo y otros que son ingenuos e ignorantes. Así, vamos construyendo al enemigo.

¿Estaremos condenados a reproducir la guerra en nuestra cotidianidad?

3. LEAMOS Y MEDITEMOS LA PALABRA DE DIOS

Lectura de la carta de San Pablo a los Efesios (Ef. 2, 14 - 19)

Porque Cristo es nuestra paz. Él ha hecho de los dos pueblos uno solo, destruyendo el muro de la enemistad que los separaba. Él ha anulado en su propia carne la ley con sus



preceptos y sus normas. Él ha creado en sí mismo de los dos pueblos una nueva humanidad, restableciendo la paz. Él ha reconciliado a los dos pueblos con Dios uniéndolos en uno solo por medio de la cruz y destruyendo la enemistad. Su venida ha traído la buena noticia de la paz. Paz para ustedes que estaban lejos, y paz para los que estaban cerca; porque gracias a él los dos pueblos llegamos al Padre en un mismo Espíritu. Así, pues, ya no son extranjeros ni huéspedes, sino ciudadanos de la ciudad de los santos; ustedes son familia de Dios.
Palabra de Dios.

Se deja un momento de silencio para reflexionar sobre la Palabra que se ha proclamado.

4. REFLEXIONEMOS SOBRE LA REALIDAD A LA LUZ DE LA PALABRA

Jesucristo es nuestra paz. Él, con su muerte y resurrección, nos ha mostrado que las divisiones, el odio, la injusticia, la oscuridad, el mal no tienen la última palabra. Él nos invita a vencer el mal a fuerza de bien, a sembrar amor donde hay odio y división, a tomar la iniciativa de poner puentes donde se ha roto la confianza. Él nos invita a deponer los señalamientos mutuos, las diferencias que nos separan para que encontremos lo que nos une, para que vivamos en santidad viendo al otro como un don para nuestras vidas.

Por esto, la visita del santo padre a nuestro país puede ser un bálsamo en medio de tanta división y odio, de tanto señalamiento, de tanta violencia, que ha traspasado la confrontación de grupos armados ilegales contra el Estado a nuestras conversaciones, nuestras familias, nuestras redes sociales.

Uno de los títulos del Obispo de Roma es «Pontífice», es decir, el que construye puentes, con Dios y entre los hombres. Quisiera precisamente que el diálogo entre nosotros ayude



a construir puentes entre todos los hombres, de modo que cada uno pueda encontrar en el otro no un enemigo, no un contendiente, sino un hermano para acogerlo y abrazarlo. (...) En esta tarea es fundamental también el papel de la religión. En efecto, no se pueden construir puentes entre los hombres olvidándose de Dios. Pero también es cierto lo contrario: no se pueden vivir auténticas relaciones con Dios ignorando a los demás. Por eso, es importante intensificar el diálogo entre las distintas religiones, (...) y con los no creyentes, para que nunca prevalezcan las diferencias que separan y laceran, sino que, no obstante la diversidad, predomine el deseo de construir lazos verdaderos de amistad entre todos los pueblos (Francisco al cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede, 22 de marzo de 2013).

En efecto, en medio de tanta diversidad y de tanta polarización, construir una ciudad misericordiosa, más reconciliada y en paz, significa que todos podamos convivir independientemente de nuestras diferencias. Significa que debemos aprender a vivir con otros sin agredirnos así ellos tengan ideas o proyectos opuestos, pero buscando siempre lo común, lo que nos une, para que todas las opciones puedan avanzar y desarrollarse en conjunto. Construir una ciudad de la misericordia implica aprender a convivir en medio de estas diferencias, aprender a dialogar y a encontrarnos, aprender a compartir con los que piensan muy distinto, así no estemos de acuerdo. Vivir en una ciudad de la misericordia es ser capaces de escuchar al otro, respetarlo, comprenderlo y permitir siempre que diga su verdad, aunque no la compartamos. Vivir en una ciudad de la misericordia es saber también expresar mi propia verdad, para también aportar desde mis derechos y deberes. Para que esto sea posible, es necesario recordar siempre que en el otro está Jesús, a quien debo amar y escuchar. Por ello, es importante formarnos para construir nuestra propia postura frente a los diferentes temas y para poder tener más apertura para conocer al otro, conversar, compartir y aprender.



Si realmente somos cristianos, si queremos adherirnos a la persona de Jesucristo y a su proyecto del Reino –como lo anhelamos en el Ideal de nuestro Plan E- debemos creer que Cristo está actuando en la historia de nuestro país, de nuestra ciudad; debemos ver en el otro –por más equivocado o diferente que nos parezca- la posibilidad de ser más santos, más dignos del amor desbordante de Dios. Y si los cristianos nos convencemos de que somos capaces de amar y somos testigos de la misericordia y de la esperanza, podremos entender que hay grandes principios que nos unen, incluso con los que no creen en Jesús, principios que son los que nos hacen crecer como humanos, como ciudad, como nación: el respeto por toda vida humana –incluso si es guerrillero o paramilitar- y por la posibilidad de que cada quien tenga las oportunidades suficientes para vivir la vida que guste vivir, sin pasar por encima de otros.

La Iglesia, la parroquia, los grupos y movimientos eclesiales deben convertirse, en medio de tanta confrontación, miedo y desconfianza, en verdaderos espacios de encuentro y de diálogo. Debemos ser



puentes que comuniquen, que permitan escuchar la verdad que cada orilla tiene, que favorezcan el encuentro entre impensables; debemos asumir la delicada tarea de desminar todos los corazones –sobre todo los de los miembros de la Iglesia- y fermentar la sociedad con una nueva forma de ser y habitar nuestra ciudad, nuestro país.

Para lograr esto, estamos llamados a empezar hoy a vivir la revolución de la ternura a la que nos invita el papa Francisco, a ser bien para los demás, a actuar con la mayor cordialidad y cariño posible con los otros, sobre todo con los que nos atacan o no comparten nuestras ideas. Somos los cristianos los primeros llamados a perdonar, a poner la otra mejilla, a caminar el doble si fuese necesario, a amar y a entregar la vida por los demás, tal y como Jesucristo nos lo enseñó.

5. DIALOGUEMOS

- **¿Qué nos dice Jesús sobre esto?** Conversemos sobre los encuentros entre diferentes que Jesús provocó: el encuentro con la samaritana, con los publicanos, con las prostitutas... ¿Qué podemos aprender de ellos?
- **¿Qué estamos dispuestos a hacer nosotros?** ¿Cuál puede ser nuestro aporte para disminuir la polarización y favorecer la reconciliación?

6. OREMOS

Luego de orar con nuestras súplicas espontáneas, escuchemos el canto «Una plegaria de paz» (Athenas) (<https://goo.gl/etPL46>).

Culminemos este encuentro con la oración por la visita del papa Francisco a Colombia.

Jesús salvación de la casa común

Bogotá, ciudad región en armonía social, ética,
cultural y ambiental

1. BIENVENIDA Y AMBIENTACIÓN

Se invita a los participantes a saludarse y compartir un fruto o aprendizaje de lo dialogado a lo largo de los encuentros.

2. RECONOZCAMOS LA REALIDAD

Miremos este video sobre la carta encíclica *Laudato Si'*:
(<https://goo.gl/oVr28S>).

El papa Francisco, en su encíclica *Laudato Si'* nos dice:

«Hoy advertimos el crecimiento desmedido y desordenado de muchas ciudades que se han hecho insalubres para vivir, debido no solamente a la contaminación originada por las emisiones tóxicas, sino también al caos urbano, a los problemas del transporte y a la contaminación visual y acústica. Muchas ciudades son grandes estructuras ineficientes que gastan energía y agua en exceso. Hay barrios que, aunque hayan sido construidos recientemente, están congestionados y desordenados, sin espacios verdes suficientes. No es propio de habitantes de este planeta vivir cada vez más inundados de cemento, asfalto, vidrio y metales, privados del contacto físico con la naturaleza» (LS 44).

3. LEAMOS Y MEDITEMOS LA PALABRA DE DIOS

Meditemos el Salmo 148:

¡Aleluya! Alaben al Señor desde los cielos, alábenlo en las alturas, alábenlo todos sus ángeles, alábenlo todos sus ejércitos. Alábenlo el sol y la luna, alábenlo todos los astros de luz; alábenlo cielos de los cielos y las aguas por encima de los cielos. Alaben el nombre del Señor, pues lo ordenó y fueron creados; los puso por los siglos de los siglos bajo una ley que nunca cambiará. Alaben al Señor desde la tierra, monstruos del mar y todos sus abismos, fuego y granizo, nieve y neblina, huracán que ejecuta su palabra, las montañas y todas las colinas, árboles frutales y todos los cedros, animales salvajes y domésticos, reptiles y aves que vuelan, reyes de la tierra, todas las naciones, príncipes y los que gobiernan la tierra, jóvenes y muchachas, ancianos con los niños. Alaben el nombre del Señor pues su Nombre es el único sublime, su majestad excede tierra y cielo.

Se deja un momento de silencio para reflexionar sobre la Palabra que se ha proclamado.

4. REFLEXIONEMOS SOBRE LA REALIDAD A LA LUZ DE LA PALABRA

En su encíclica *Laudato Si'*, el papa Francisco nos muestra cómo todos los hombres de buena voluntad, y especialmente los creyentes en Jesucristo, debemos comprometernos con el cuidado de nuestra casa común. La casa común es nuestra hermana. Ella nos da todo lo que necesitamos: aire, agua, alimentos, calor, compañía, un territorio... y sin embargo, a ella la maltratamos día a día con nuestras decisiones, con nuestras maneras de consumir, con nuestras opciones. En efecto, la creación que Dios hizo con tanto amor para darnos vida y



hacernos felices es destruida poco a poco cuando maltratamos a los animales; cuando no separamos la basura; cuando somos sordos ante el clamor de los habitantes de calle o de las mujeres maltratadas por sus parejas; cuando creemos que la felicidad está en comprar y tener más; cuando no exigimos políticas que disminuyan la contaminación del aire; cuando desperdiciamos la comida en nuestras casas, restaurantes, colegios o supermercados; cuando creemos que no es posible luchar contra la corrupción; cuando permitimos prácticas extractivas y destructoras como deforestación, minería o explotación intensiva de los recursos; cuando ignoramos nuestro río Bogotá.

Al atentar contra la casa común, atentamos también contra nosotros mismos. Como nos dice el papa: «Olvidamos que nosotros mismos somos tierra (cf. Gn 2,7). Nuestro propio cuerpo está constituido por los elementos del planeta, su aire es el que nos da el aliento y su agua nos vivifica y restaura» (*Laudato Si'* 2). Y las peores consecuencias de la destrucción de nuestros ecosistemas siempre las sufren los más pobres: son ellos excluidos de las mejores tierras para construir en terrenos en riesgo de deslizamiento o inundaciones; son los pobres los que viven en las zonas más contaminadas de nuestra ciudad; son ellos los que dependen su subsistencia del clima cada vez más cambiante y con temperaturas extremas que ponen en riesgo sus cultivos, la pesca y demás actividades económicas... Así, tristemente, no estamos cumpliendo con el mandamiento más importante de amar a Dios –a su creación–, amar al prójimo –a nuestra hermana naturaleza y a nuestros hermanos más pobres– ni a nosotros mismos.

Jesús vino para salvar la casa común en la que desde el comienzo de la historia se introdujo la ruptura entre los seres humanos y Dios, entre nosotros, y entre nosotros y la naturaleza. Él vino a restaurar y promover la armonía con Dios y con la creación. Él es el salvador de nuestra casa común.

Por eso, para construir una ciudad de la misericordia, debemos tener muy presente la ecología integral, entendida, como el reconocimien-



to de «las relaciones entre los organismos vivientes, el ambiente donde se desarrollan (...) y las condiciones de vida y de supervivencia de una sociedad» (LS 138). Efectivamente, la ecología integral da cuenta de la relación que existe entre la naturaleza y la sociedad que la habita, «con la honestidad para poner en duda modelos de desarrollo, producción y consumo» (LS 138). Siguiendo al papa Francisco, «esto nos impide entender la naturaleza como algo separado de nosotros o como un mero marco de nuestra vida. Estamos incluidos en ella, somos parte de ella y estamos interpenetrados (...) No hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis socio-ambiental. Las líneas para la solución requieren una aproximación integral para combatir la pobreza, para devolver la dignidad a los excluidos y simultáneamente para cuidar la naturaleza» (LS 139).

«Hoy, no podemos dejar de reconocer que *un verdadero planteamiento ecológico se convierte siempre en un planteamiento social, que debe integrar la justicia en las discusiones sobre el ambiente, para escuchar tanto el clamor de la tierra como el clamor de los pobres*» (LS 49).

Acojamos, entonces, el llamado que nos hace el papa Francisco a proteger nuestra casa común. Sabemos que, con ayuda de Dios y con nuestro compromiso como familia humana en la búsqueda de un desarrollo sostenible e integral, las cosas pueden cambiar. Sabemos que la humanidad aún posee la capacidad de cuidar nuestra casa común. Sabemos, que los colombianos aún podemos administrar responsablemente la enorme biodiversidad y belleza de la creación que hemos adquirido. Sabemos que los bogotanos aún podemos comprometernos con el cuidado de nuestro río, de nuestros humedales, de nuestros cerros y de todos aquellos hermanos que están en riesgo de inundaciones o de deslizamientos, que inhalan el peor aire de nuestra ciudad, que no tienen agua potable. Todos aún estamos en capacidad de cuidar la vida.



5. DIALOGUEMOS

- **¿Qué nos dice Jesús sobre esto?** ¿Cómo renovar la amistad con Jesucristo y con la creación?
- **¿Qué estamos dispuestos a hacer nosotros?** Compartamos algunas ideas para hacer de nuestras casas, barrios, parroquias, colegios o lugares de trabajo espacios ecológicos.

6. OREMOS

Luego de ver el video del papa, en el que nos invita a orar por el cuidado de la casa común (<https://goo.gl/bdMfuB>), expresemos nuestras oraciones y súplicas espontáneas al Señor y concluyamos con la «Oración cristiana con la creación» propuesta por el papa Francisco en la *Laudato Si'*.

Oración cristiana con la creación

Te alabamos, Padre, con todas tus criaturas,
que salieron de tu mano poderosa.

Son tuyas,
y están llenas de tu presencia y de tu ternura.

Alabado seas.

Hijo de Dios, Jesús,
por ti fueron creadas todas las cosas.
Te formaste en el seno materno de María,
te hiciste parte de esta tierra,
y miraste este mundo con ojos humanos.

Hoy estás vivo en cada criatura
con tu gloria de resucitado.

Alabado seas.

Espíritu Santo, que con tu luz
orientas este mundo hacia el amor del Padre
y acompañas el gemido de la creación,
Tú vives también en nuestros corazones
para impulsarnos al bien.

Alabado seas.

Señor Uno y Trino,
comunidad preciosa de amor infinito,
enséñanos a contemplarte
en la belleza del universo,
donde todo nos habla de Ti.

Despierta nuestra alabanza y nuestra gratitud
por cada ser que has creado.
Danos la gracia de sentirnos íntimamente unidos
con todo lo que existe.



Dios de amor,
muéstranos nuestro lugar en este mundo
como instrumentos de tu cariño
por todos los seres de esta tierra,
porque ninguno de ellos está olvidado ante ti.
Ilumina a los dueños del poder y del dinero
para que se guarden del pecado de la indiferencia,
amen el bien común, promuevan a los débiles,
y cuiden este mundo que habitamos.
Los pobres y la tierra están clamando:
Señor, tómanos con tu poder y tu luz,
para proteger toda vida,
para preparar un futuro mejor,
para que venga tu Reino
de justicia, de paz, de amor y de hermosura.
Alabado seas.

Amén.



Bibliografía

CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA,

Basta ya: memorias de guerra y dignidad, 2013.

FRANCISCO, *Exhortación apostólica Evangelii Gaudium*, 2013.

_____, *Audiencia al cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede*, 22 de marzo de 2013.

_____, *Carta encíclica Laudato Si'*, 2015.

_____, *Carta del santo padre Francisco a los colombianos en la Semana Santa de 2015*, firmada por el Secretario de Estado Pietro Parolin, 31 de marzo de 2015.

_____, *Catequesis del papa Francisco*,
9 de diciembre de 2015.

_____, *Carta apostólica Misericordia et misera*, 2016.

SPADARO, Antonio. *Entrevista al papa Francisco*,
Revista La Civiltà Cattolica, 19 de agosto de 2013.

Oración por la visita del papa Francisco a Colombia

Padre de misericordia,

Tú has sembrado en nosotros la semilla de la fe,
para que seamos hijos tuyos y discípulos misioneros de Jesucristo.
Haz que nuestra vida sea testimonio visible de tu Reino
y demos a conocer a todos tu Palabra.

Te damos gracias por el papa Francisco,
y te suplicamos que su visita a Colombia
sea un tiempo de bendición,
que nos confirme en la fe
y nos ayude a dar el primer paso,
para comenzar con Cristo algo nuevo
en bien de todos los colombianos.

Suscita en nuestros corazones
esperanza, perdón, amor y paz,
para que con la ayuda de tu Espíritu
hagamos posible el reencuentro entre los colombianos
por medio de la reconciliación.

Te suplicamos, Padre de bondad,
que, por intercesión de la Virgen del Rosario de Chiquinquirá,
esta visita del santo padre, nos abra la mente y el corazón
al Evangelio de Cristo nuestro Señor.

Amén.